

A LA MEMORIA DE ARMANDO TREVIÑO VILLASEÑOR *

Señores Académicos:

Un azar contradictorio me depara en esta ocasión, para mí tan solemne, motivos que son a la vez de ventura y de desdicha.

La satisfacción profunda que experimento al ser recibido en el seno de esta ilustre Academia Nacional de Medicina se desvanece ante el dolor que evoca en el académico desaparecido al que fuera también el mejor de los amigos. Fraternalmente me unían a Armando Treviño lazos del espíritu que eran tan estrechos como los de la sangre. De ahí que estas palabras, torpes como son, no acierten a disimular la emoción que las dicta. Sírvame ello de excusa, ahora que rindo público homenaje a la memoria de su recia personalidad.

Hijo de una casta briosa y noble, nació en Piedras Negras, Coahuila, en 1920. Estudiante magnífico, se graduó en 1944, en la Escuela Nacional de Medicina. Tres años después ya iniciaba la carrera de profesor en la Clínica de Enfermedades del Aparato Digestivo, bajo la sabia tutela de nuestro maestro, el doctor Raoul Fournier, quien tanto influyó en su formación y de quien ya no habría de separarse ni en el afecto ni en las actividades docente y profesional.

Posteriormente desempeñó la cátedra de Clínica de Enfermedades Infecciosas y Parasitarias; fué profesor de la Escuela de Salubridad y de la Escuela de Graduados.

Dominó el arte de enseñar y supo granjearse el cariño y la estimación de sus discípulos. Comunicaba a las lecciones que impartía el calor de esa pasión suya que era él mismo, porque Armando no conoció las tibiezas. Era sólo ímpetu y energía desbordantes. Se volcaba por entero en todos y cada uno de sus actos. Hasta a las cosas mismas transmitía el ritmo de la vibración incesante que siempre lo animó.

Tanta exuberancia, una voluntad tan decidida, encontraron en el noble ejercicio de la Medicina el objetivo supremo que habría de convertirlas en fecundas realizaciones.

En el año de 1946 obtuvo las más altas notas en el curso sobre Enfermedades Tropicales a que asistió en la Universidad de Tulane. Cuando,

* Leído en la sesión del 21 de julio de 1954.

de regreso a esta ciudad, vino a ocupar el puesto de médico de la Sección Clínica del Instituto de Enfermedades Tropicales, Armando había encontrado definitivamente su destino. Se inicia para él, entonces, la etapa de actividad productiva y de maduración científica. Los trabajos se suceden a profusión: ora, sobre diversos temas de Parasitología humana —las teniasis en particular—; luego, sobre diferentes aspectos del paludismo; vienen después sus importantes contribuciones a la terapéutica del absceso hepático amibiano, etc.

Se consagró a la clínica con la vehemente generosidad que llega hasta el sacrificio. Intimamente penetrado del sentido universal del dolor, logró identificarse con los enfermos, cuyos sufrimientos y esperanzas compartía. Vio en cada uno de ellos, no el caso clínico impersonal, sino el ser humano necesitado de alivio y consuelo. Y en ambas cosas se prodigó largamente Armando.

Entre las muchas cualidades que tenía destacó su simpatía proverbial; pero, tal vez, el rasgo más notable de ese carácter privilegiado fue la lealtad. Leal por encima de todo y en todas las circunstancias, con los demás y consigo mismo; encarnó el ideal del hombre que, estando forjado de una sola pieza, no transige con el disimulo ni con la mentira.

Por todo ello mereció el alto honor de ingresar a esta docta corporación el 8 de abril de 1953.

El más joven de los académicos era una gran esperanza; pero la excelencia atrae el rayo y éste no tardaría en precipitarse. Una muerte cruel e inesperada vino a segar aquella vida preciosa que fluía a raudales como si estuviera destinada a no acabarse nunca. Y así es, en efecto, puesto que su memoria está viva en nosotros y las enseñanzas que nos deja serán perdurables. Recoger estas últimas constituye el mejor aliciente que me haga ser digno de sucederlo en el sitio que voy a ocupar, a pesar de lo cual, el lugar de Armando Treviño Villaseñor quedará siempre vacío.